mover los bártulos aún; miraba á la imagen de su patrona la Virgen de las Angustias, que sobre la cómoda, entre dos candeleros de cobre y un florero vacío plácidamente sonreía, y murmuraba pensativa:

—No sea cosa.....

III

Duerme el eterno sueño en esas librerías, como todo lo que por aquí se escribe, olvidado y polvoriento, un folleto con este título: *Corona fúnebre del doctor D. Hipólito Andillo....*, publicación destinada, según reza una advertencia puesta al pie, á aumentar los fondos que para erigirle la estatua discernida por sus amigos, se solicitan y recaudan en toda la República. No vayan ustedes á creer, por esto de la estatua y del folleto, que era el doctor Andillo hombre superior, porque no hay Perico muerto en estos mundos sin estatua, sin folleto y sin discursos. Afortunadamente, en la mayoría de los casos, la estatua queda

en proyecto, y hasta ahora la del doctor Andillo no se ha levantado, que yo sepa, ni permita Dios que se levante, pues antójaseme insolente pretensión de la amistad la de dictar fallos y acordar honores que sólo á la posteridad incumbe resolver.

Si era el doctor Andillo hombre superior y digno de vivir en mármoles y bronces, van ustedes á juzgarlo pronto..... Pero el doctor Andillo que voy á presentar no es el contrahecho y mentiroso del citado folleto, el sabio catedrático de la Universidad en Lenguas muertas, Historia y Filosofía, sino el D. Hipólito casero, tal vez más simpático de bata y zapatillas que adornado con todas las excelencias hiperbólicas que su apologista le presta; y aunque no sea tan fácil escudriñar el forro de la conciencia, algo sacaremos en limpio respecto de quien su propia mujer, misia Liberata, decía melancólicamente: —¡Es un santo, que no irá cielo!

Tengo para mí que D. Hipólito no pasaba en un principio de medianejo discípulo

de Kant; fué perezoso en escribir, según afirma el panegírico, y no dejó más obras que condensaran sus altas ideas y su ponderado talento, que articulillos sueltos en revistuchas sietemesinas, y unos breves apuntes taquigráficos de sus oraciones en la cátedra, «dechado de profundo saber—dice la *Corona* referida,—de corrección clásica y de sana filosofía»..... Declaro francamente que yo no he encontrado tantas cosas juntas en las reducidas lucubraciones que nos legó la pícara pereza del doctor Andillo, y sí en muchos artículos suyos rasgos, sentencias y párrafos intercalados del maestro de Königsberg, á la manera de lucecillas que alumbraran un pasadizo largo y obscuro, donde la razón anduviera á tientas y la lógica extraviada; así, por ejemplo, en los *Breves apuntes* hay buenas dosis de la *Crítica de la razón pura* y de la otra crítica, la del *juicio*, y un artículo, de los seis ú ocho que se conservan, es una glosa descarnada de *La religión considerada en los límites de la razón*. En los últimos, ésta

se obscurece por completo, y todo se vuelve palos de ciego y disparatar á trochemoche. Filósofo adocenado, pues, y sin pizca de grandeza ó de novedad, ante su obra fragmentaria é insubstancial hay que encogerse de hombros y renegar de las *Coronas fúnebres* y de los amigos entusiastas.

No sé qué demonches ocurre con estos grandes hombres de lance, que no dejan á la crítica desapasionada prueba alguna para poder establecer la legitimidad ó la usurpación de su fama, y á Dios gracias que el tiempo se encarga de borrar los nombres escritos con tiza, y aun los esculpidos en piedra, censor y juez supremo de ambiciones y vanidades..... Dicen (y á falta de otras pruebas recogeremos los díceres para modelar la *andillesca* figura) que poseía D. Hipólito un pico de oro maravilloso, y ya explicara en la cátedra las luchas de César y Pompeyo, las teorías de Krause y de Schopenahuer ó las arideces lexicográficas, encantaba á discípulos y oyentes, distribuyendo hábilmente en el discurso ciencia, amenidad y gracejo, «de manera que—agrega la tantas veces citada *Corona*—sabía despertar la admiración, conmover el ánimo, desatar la risa, irritar la curiosidad y asegurar la simpatía». De aquella publicación suya, recogida discretamente por razones ignoradas, que le valió una tunda estrepitosa de parte de un fulano disidente con el libelo anónimo, *El doctor Andillo y la lógica, ó sea demencias y majaderías andillescas*, no dice nada el folleto apologético, y es lástima, porque como no queda un ejemplar para un remedio, acaso veríamos explicada la tendencia al ateismo del filósofo en sus últimos tiempos, y diéranos alguna luz para orientarnos, ya que el tiempo y el espacio me faltan para estudiar á fondo su curiosa fisonomía.

Sin más documentos á la vista que los referidos, falsos todos ó exagerados, no es posible establecer con precisión el cómo y el por qué de la influencia que el doctor Andillo ejerció sobre la juventud de su época. Tal vez esté en lo cierto el fulano enemigo suyo, al asegurar que todo era efecto reflejo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de la *simpatía personal*, causa única de muchos encumbramientos increíbles. Sí, sí; el doctor Andillo era *simpático*, y esto le ganó el aprecio de aquel veterano coronel Samponce, que le acogió en su casa y le ayudó con sus consejos y su bolsa; y le valió también la conquista de sus tres cátedras, de la voluntad de todos sus discípulos, del corazón de su mujer y del afecto general..... Tan simpático, que hacía olvidar su nariz de gancho, su boca desmesurada, sus dientes largos, el pelo escaso, la barba amarillenta, la corcova de la espalda, el desgaire de la figura y la torpeza del andar.

De esta cualidad peculiar suya y el dejo insinuante de su palabra fácil, provenían indudablemente sus triunfos en la vida pública. Pero está visto que ni en la cátedra, ni en sus obras, ni en la *Corona fúnebre*, hemos de encontrar al verdadero doctor Andillo, y el verdadero, ateo, racionalista ó lo que fuera, estaba en su casa, y era tal cual su mejor biógrafo, misia Liberata, nos lo ha pintado: un santo, en lo relativo al

estricto cumplimiento de sus deberes para con los semejantes; un santo laico, diré, si es que las dos palabras pueden andar juntas y una á la otra no se molestan.....

Creeríase á D. Hipólito padre de su mujer, más porque había que atribuirles un parentesco apropiado en disculpa de la comunidad de hogar, que porque hubiera entre ambos sombra de semejanza. Lo menos de veinte años mayor que misia Liberata, y si decimos que era ésta una morena muy guapa y católica, dueña del caserón en condominio con su hermana María Cleofé, la de Patrick, y que D. Hipólito, sobre ser viejo y feo, no tenía más pasar que el sueldo, ni más porvenir que una mezquina cesantía, y asimismo adoraba misia Liberata á D. Hipólito, y nunca le dió motivo de queja, duda ó sospecha, ¿se explicará cualquiera el fenómeno, si no es por la dominación sugestiva de aquel pico de oro tan ensalzado, la influencia poderosa de la bondad, y acaso motivos de gratitud profundísimos?

Cuando vino de San Juan, su provincia, huérfano y pobre, á estudiar leyes, y alquiló al padre de misia Liberata, ya viudo y no muy sobrado de dineros, aquella pieza del fondo que años más tarde tocó en turno á Franz Blümen, D. Hipólito cautivó á la familia por su modestia, su timidez, su laboriosidad y lo hábil que parecía para echar remiendos y disimular sietes y rozaduras en botas y pantalones. Liberata y María Cleofé, dos chiquillas entonces, se reían de su facha y le corrían á saetazos de burla..... Pero de tanto comerse los libros, le vinieron unas calenturas malignas, que dieron lugar á que el papá le probara, con sus cuidados, el mucho afecto despertado; y todos los pelos de su cabeza, y todas las ilusiones de su corazón, emigraron juntamente, porque al mirarse en un cacho de espejo, se halló más feo que nunca y juzgó sueño imposible el que una sanjuanina, su prima y amor primero, le quisiera ya para marido.

Imposible fué, en efecto, pues le dieron

en su pueblo, á donde marchó á convalecer, unas soberanas calabazas, y volvióse aporreado, á ensayar pomadas y tratar de alcanzar en breve tiempo la borla de doctor, que le abriría puertas y corazones. La alcanzó sin fatiga, y puso seguidamente su bufete de abogado. Ya entonces tenía una reputación envidiable, nacida y cultivada en las aulas, y á pesar de ella, los asuntos no marchaban, corrían estérilmente los años, y se hubiera muerto de hambre si no le dan una cátedra para ir tirando. El no querer mezclarse en política, fué la causa de que no adelantara ni adquiriera mayor relieve su figura, pues con las cualidades que él se traía, escrúpulos que perdiera y desvergüenza prestada, no pasa las penurias que pasó.

Tantas, que llegó á deber cuatro meses de alquileres al papá de Liberata; del bufete casi le arrojaron por igual motivo, y su levita enseñó la trama por los codos, con mayor claridad que su dueño las declinaciones latinas en la cátedra. Felizmente, ob-

tuvo dos clases más, la de filosofía y la de historia, y murió el papá de Liberata, militar retirado..... Digo *felizmente*, salvando los naturales sentimientos de caridad y afecto, en D. Hipólito muy sinceros, hacia su viejo amigo, porque la verdad es que de aquel mal vino el bien y la dicha para el hombre ya maduro, sin blanca y sin esperanzas.

Huérfanas las dos chicas, D. Hipólito fué su consejero, su campeón en la curia, quien les arregló la testamentaría y cuantos extremos con su desgraciada situación se relacionaban, y ¡claro está! lo que en vida del padre, si acaso tímidamente lo pensara, no se atrevió á pretenderlo, el retraimiento y las circunstancias diéronle pie para indicarlo, no sé cómo, tal vez más colorado que un estudiante primerizo; indicación audaz enderezada á Liberata, la mayor, y recibida entre promesas vagas y ligera amenaza de repulsa. Pero, Liberata, más razonable que lo suelen ser las muchachas de su edad, comprendía que había me-

nester de un marido que le diera lado y la defendiera de murmuraciones y sospechas, ¿y qué mejor marido podía encontrarse, tan serio y reposado como D. Hipólito, á quien conocía de tanto tiempo y era considerado como de la familia? Sus mismas ideas religiosas, de las que la muchacha no se espantaba, porque educada en un ambiente liberal, había aprendido que el pensar mal es pecado que juzga sólo Dios y la conciencia sagrario donde nadie debe penetrar, nunca fueran obstáculo, más bien incentivo para ensayar de convertirle y salvarle.

En suma, que se casaron, y si Liberata no logró catequizar al hereje, tal vez por carecer del calor que da la fe y hace el apóstol, fué con él muy feliz, como sin duda no lo fuera con un barbilindo inexperto. Respetando D. Hipólito sus creencias y sus gustos, disimulaba los propios, hasta el punto que por los dedos podían contarse las ocasiones en que, delante de ella, soltara alguna de esas enormidades provocado-

ras del cariñoso récipe de la esposa, humildemente soportado y con excusas de no incurrir en nueva falta.

Ella oía misa todos los domingos y fiestas de guardar, confesaba y comulgaba cada mes, practicaba á su modo, sin alardes de santurronería ni de chocante hostilidad.

Acaso no se vió jamás unión más estrecha entre elementos tan desacordes. Cogidos de la mano iban ambos por distintos caminos, pero cercanos y paralelos, sin estorbarse, gracias á las mutuas concesiones, á la recíproca tolerancia, base y fundamento del matrimonio. Vivían modestamente, concurrían poco á las reuniones, y al teatro lo necesario para que la natural coquetería de la joven tuviera algún esparcimiento, no incompatible con la seriedad de la esposa honesta.

El casamiento de María Cleofé, la menor, fué piedra que, al caer en el lago tranquilo, altera momentáneamente su serenidad. Porque para decidirla á que diera su mano al rico vecino Mr. Patrick, un inglesón protestante, también de colmillo retorcido, quien abatió á los pies de la encantadora porteña, todas sus ínfulas británicas, hubo menester que el mismo don Hipólito la exhortase y la suplicara misia Liberata, provocando súplicas y exhortaciones más lágrimas y protestas, que si la dieran castigo.

A punto fijo no se sabía quién era este Mr. Patrick: cuando aún vivía el coronel Samponce, había puesto su establecimiento de corte de maderas y venta de ladrillos, cal, tierra romana, etc., el Mr. Patrick, y sólo medió el saludo de buenos vecinos entre uno y otro. El inglés vivía solo en el barracón y se mostraba poco. Pero, allá en el fondo, el inquilino más pobre, el futuro catedrático, elaboraba, como araña en su rincón, la tela de su porvenir, y mientras se quemaba las cejas estudiando, por la ventana de su chiribitil distinguía al inglés con sus cuatro obreros, en un principio, con ocho luego, con veinte más tarde, siguiendo el progreso constante de su teso-

nuda faena: le veía presidiendo la operación de aserrar el duro *ñandubay*, ó blanqueado de cal, llevando el apunte de las bolsas en los carros atestados; muchas veces echaba fuera de la ventana la cabeza y le saludaba con un *good morning* de simpatía, única frase que el vecino contestaba, porque no parecía amigo de conversaciones. No pasó de aquí la relación, y en esto quedara, si al viejo coronel no se le ocurre morirse, y su muerte, así como arregló bonitamente las cosas de don Hipólito, dió motivo á la primera visita del vecino, de puro cumplido, muy corta y seca. Pero lo que en tantos años de aperreado trabajar no echó de ver el británico, le saltó á los ojos de pronto: que era muy linda María Cleofé, y con la toca negra y la falda de merino estaba para comérsela; y también de pronto perdió su gravedad y la cabeza, y dió en la chiquillada de pasearse por su azotea para mirar al patio contiguo, arrojar más tarde ramitos de flores por la pared, con otras demostraciones tan ridículas como estas.

Mas, como no produjeran los resultados inmediatos que él apetecía, se fué derecho al bulto y comunicó sus honestas intenciones á aquel antiguo vecino del fondo, ya trasplantado á las habitaciones principales. D. Hipólito, conceptuando inmejorable al candidato, se puso de su parte, le dió esperanzas y habló en su favor con el entusiasmo que merecía la laboriosidad de mister Patrick, de que durante tanto tiempo era testigo: la hermana mayor dijo que sí; pero la interesada, María Cleofé, dijo que no y que no..... Ella tenía novio, la pobrecilla, un oficialito que le arrastraba la espada; dijo que no, haciendo pucheros y aspavientos, asustada de las narices, de la facha y de los cuarenta años del nuevo pretendiente.

Mr. Patrick se resignó á esperar, con la promesa de que no se había de consentir en las relaciones del oficialito. Entre tanto, redoblaron los consejos, los paseos de azotea y la lluvia de flores; desertó el oficialito, trasladado de oficio y acaso aburrido

del plantón; ablandóse la desengañada María Cleofé, se derritió su resistencia, al fin, y dió el sí á quien tan bien supo conquistarlo.

Jamás tuvo por qué arrepentirse de haberlo dado. Mr. Patrick era hombre manso, é hizo un marido á pedir de boca; tan modesto, que él mismo no tenía empacho en referir su historia de esta manera:

—Yo ser del país de Gales, hijo del pastor de mi aldea: morir mi padre, morir mi madre, yo resolver emigrar América por ganarme la vida; llegar aquí, con mucho hambre, y ensayar muchos clases de trabajo: yo descargar fardos en el muelle, yo llevar cuentas en un almacén, yo salir al campo por cuidar una majada, yo encontrar una idea buena, en fin, y poner este corralón para cortar madera. En seguida, ayudarme Dios, y arriba, siempre arriba, siempre arriba. Un día ver á María Cleofé, mi vecina, y yo enamorar de ella locamente. Y ella quererme también, y casarnos, y ser mucho, mucho felices.....

Y tanto, más todavía que los de Andillo, porque les sobraba el dinero. María Cleofé tuvo coche, un *chalet* en el Caballito, para pasar los veranos; casa en la ciudad, de grande lujo; de joyas y vestidos cuanto la moda y el capricho dispusieron, y dos angelitos rubios, todo lo cual contribuía á que no viera la caraza encendida, la figura vulgar y la ordinariez de su marido. Porque, afortunadamente para sus respectivos Matusalenes, Liberata y María Cleofé eran personas de estas que, por la sencillez de sus gustos, la nonada de sus ambiciones y el equilibrio de su temperamento, llaman en el mundo *infelices* ó tontas de capirote, siempre esclavas de su deber, sin flaqueza, indecisión ni aturdimiento recorriendo el sendero marcado, así pisen flores ú hollen espinas.

Imitando la de Patrick á su hermana mayor, dejó en paz la conciencia de su herejote, y educó á sus hijos en el catolicismo, diciéndole en criollo con mucha monería: